



UN QUIJOTE JESUITA

Uno de los más singulares caracteres que el espíritu español produjo en el Nuevo Mundo fué, sin duda, el del P. Alonso Sánchez, de la Compañía de Jesús, que habiendo ido a Méjico pasó de éste a Filipinas, en 1581, y en el Extremo Oriente desarrolló su actividad de soñador político, una actividad quijotesca.

La provincia—que así la llamaban los jesuitas—de Filipinas fué una extensión de la de Méjico. No se olvide que el guipuzcoano Miguel López de Legazpi, no con su pluma, no con espada, ganó para el reino de Felipe II las islas Filipinas. Fué escribiendo en Méjico y de Méjico partió a su conquista protocolaria.

El P. Antonio Astrain, hermano jesuita, en el tomo IV de su *Historia de la Compañía de Jesús en la Asistencia de España*, nos da cumplida noticia de su hermano de Orden. Una vez le llama (pág. 691) «espíritu extravagante», y hay que tener en cuenta lo que la extravagancia significa para los hijos de Inigo de Loyola, que era, no cabe dudarlo, extraragantísimo, o sea singularísimo. Lo ha sido uno de los espíritus más quijotescos que produjo la España del *Quijote*, la del siglo XVI, y, sin embargo, la Compañía que él fundó convirtióse, por obra y gracia sobre todo del italiano padre Claudio Aquaviva, su quinto general, en la más anti-quijotesca.

El P. Alonso Sánchez, que viajó por Macao y las costas de China en viaje político, civil, y no estrictamente como misionero apostólico, se avistó luego con Felipe II para inducirle a emprender la conquista de la China. En el memorial de los españoles de Filipinas que el quijotesco jesuita presentó al cauto monarca—memorial que debió ser obra del mismo padre—se decía, entre otras cosas, lo siguiente: «Lo primero que, mirada la cualidad y disposición de la tierra de China y de su gente, será necesario, y bastará que vengan de España diez o doce mil hombres, que se podrán allegar de España, Italia y de los otros reinos propios de Su Majestad, y que procuren sean vizcaínos cuantos se pudiere y que de Vizcaya, si puede ser, se despache la armada; a la cual gente se añadirán algunos otros cinco o seis mil japoneses y otros tantos visayas, que son vasallos de Su Majestad en nuestras islas y gente muy animada y robusta».

Al pedir vizcaínos para la conquista de la China—[con diez o doce mil hombres]—¿tenía presente el P. Alonso Sánchez a su padre Inigo, que había sido vizcaíno? Porque entonces se llamaba vizcaínos a los guipuzcoanos también.

Hay que ver los frutos de dominio imperiales que el quijotesco padre jesuita esperaba de la conquista de la China. «Lo primero, que entonces se podrán hacer arzobispados y obispados tantos en toda la cristiandad antigua de allá, con su patriarcal».

Y sigue con planes imperialistas. El P. Astrain, después de habernos dado el retrato de este

«hombre singular», «espíritu peregrino», añade que «ni tuvo antecedentes ni dejó sucesores en la historia de la Compañía»; pero nos permitimos creer que tuvo un antecesor espiritual en ella, que fué nada menos que su fundador, el vizcaíno (guipuzcoano) Inigo de Loyola, Quijote de la religión, que se habría embarcado a la conquista de la China. Y no sólo a la espiritual. Y en otro pasaje, al final del capítulo III del libro III de este tomo IV de su historia, nos dice el mismo P. Astrain, hablando de la misión política, imperialista, del P. Alonso Sánchez, que «en la historia de este hombre podemos aprender que Dios Nuestro Señor no nos llama a los jesuitas para políticos».

Pero es que el apoliticismo apostólico de la Compañía de Jesús es una de las más sutiles políticas.

El que quiera convencerse de ello no tiene sino leer en la obra de D. W. E. Retana *Vida y Escritos del doctor José Rizal* lo que los jesuitas hicieron con Rizal, su discípulo—un espíritu que descopó también—, y cómo se comportaron en Filipinas y cómo sobre la base del *mi reino no es de este mundo* conquistaron, mejor que otros religiosos, un imperio.

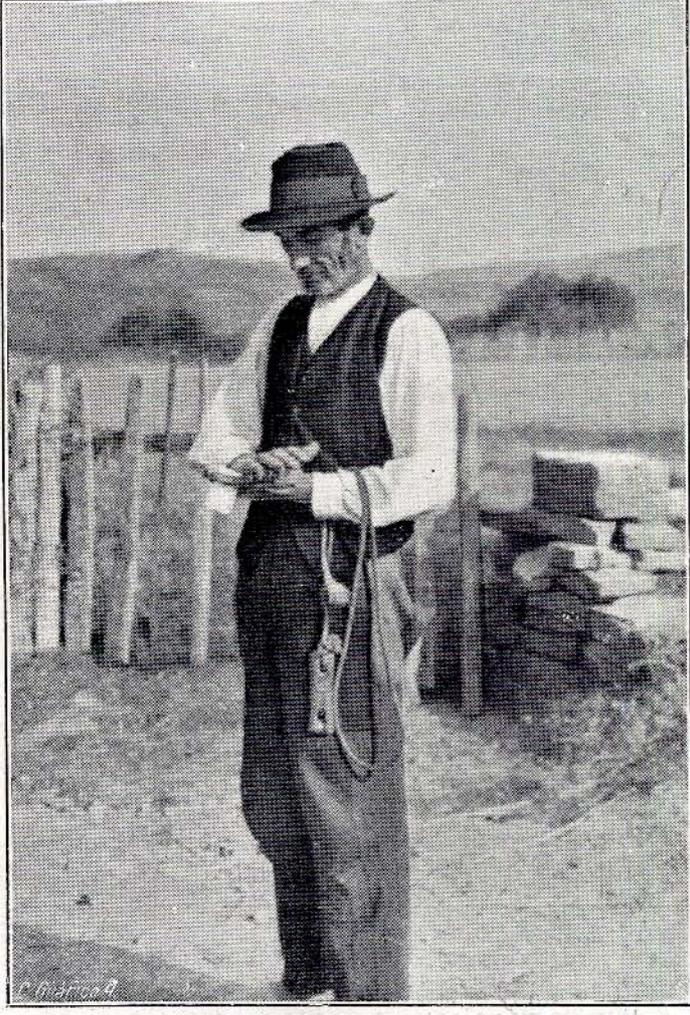
Y el que desee más luces sobre su política apoliticista, que culmina en lo que llaman el reinado social de Jesucristo, debe estudiar su obra en las reducciones del Paraguay, en lo que Leopoldo Lugones ha llamado el Imperio jesuítico. Imperio, sí, más o menos socialista, y aun comunista, pero imperio. Porque esa política apoliticista podrá frisar en el socialismo, pero es imperialista siempre. Acaso como toda política socialista.

«Era este hombre—dice del P. Alonso Sánchez el padre Astrain—un enigma ascético indescifrable. Por una parte, muy dado a la oración, al recogimiento, a la penitencia; por otra, método en negocios políticos». ¿Y a esto le llama «enigma ascético indescifrable» el historiador jesuita? Se conoce que anda más fuerte en investigaciones históricas que

en cosas de espíritu. Un enigma así fué el franciscano cardenal Jiménez de Cisneros; una cosa así fué Oliverio Cromwell; una cosa así, antes de ellos, el condestable de Portugal Nunálvarez Pereira, el general de Aljubarrota; y unas cosas así, ya casi en nuestros días, el general C. G. Gordon, el que murió en Jartum, sitiado por el Mahdí..., y tantos otros.

Y es acaso la esencia íntima del héroe quijotesco ese buscar fuerzas para la acción política, histórica, en el recogimiento y en la oración, fuera del mundo de la historia, en la eternidad de la vida espiritual, y el buscar en la obra histórica, en la acción política, pábulo y combustible para el ardiente recogimiento espiritual.

Se contempla para obrar y se obra para contemplar: de la luz se saca fuego y del fuego luz. Y luz y fuego, contemplación y acción se funden en uno y dan la gloria.



Haciendo un cigarro.

Foto Rodrigo Fernández Carvajal.